

qué Beauvallon se habia ejercitado con las pistolas antes del duelo. El acusado niega el hecho.

*M. Cárlos de Flers*, hermano de uno de los testigos, sabe poco del lance. Beauvallon le habló de él animado de las intenciones mas pacíficas, pues se hubiera contentado con la excusa mas débil. El modo de conducirse *M. Dujarier*, era muy pesado é imprudente, sobre todo respecto de las señoras, á quienes tuteaba. El testigo dijo en el sumario: yo creo que existia entre ellos (*Dujarier* y *Beauvallon*) hacia mucho tiempo cierta animosidad. Mas hoy dice que estas palabras no tenian el sentido que se las da.

*Atala Beauchene*, de edad de veinte y siete años, artista dramática; *Victorina Capon*, de veinte y un años, artista; *Cecilia Julia John*, de veinte y tres años, artista, no recuerdan ó no quieren recordar nada de lo que pasó en la comida. No bien cada una de estas señoras termina su declaracion insignificante, busca sitio en la sala de la audiencia para colocarse, pero las damas ruenesas rechazan despiadadamente la vecindad de estas bellas pecadoras.

La señora *Albert* dice que *Dujarier* le declaró que no pondria mas los piés en su casa porque iba á ella *Beauvallon*.

Se pasa al exámen de testigos relativos al duelo.

*M. Grisier*, de treinta y tres años, profesor de esgrima de los príncipes hijos del rey. La antevíspera del duelo, vino á mi casa *M. de Beauvallon*, y me dijo:—Creo que voy á tener un desafio; ¿quereis darme una leccion? No me pareció la cosa grave, y habiéndoselo dicho, me contestó:—Es verdad, pero puede serlo. Por lo demás, no vengo á pedir os una leccion de esgrima, sino una leccion sobre un juego evasivo, una leccion de desarme.

El testigo añade, que, en su opinion, el lance se fundaba en un cúmulo de tonterías que habia agravado únicamente la impertinencia de *Dujarier*, y su negativa á dar esplicaciones y excusas. Dice saber por un sugeto que tiene el mismo notario que *Dujarier*, que los escribientes no querian ir á casa de este último á causa de sus impertinencias. El testigo conviene en que tenia con *Beauvallon* relaciones muy seguidas, y que le habia dado lecciones durante un año.

Llámase á *M. Alejandro Dumas*, y el público ruenes se estremece de placer al ver adelantarse al fecundo y escéntrico autor de esas novelas llenas de incidentes que ocupan los folletines de todos los grandes periódicos. No sin razon se espera alguna salida original, porque á la primer pregunta que se le dirige sobre su nombre y profesion, contesta el autor de *Monte-Cristo*: *Alejandro Dumas*, marqués *Davy* de la *Pailleterie*, de cuarenta años de edad, autor dramático, á no hallarme en la patria de *Corneille*.

Los espectadores se sonrien. El presidente responde con una oportunidad que hace honor al talento de la magistratura: *Hay grados en todo*.

El amable novelista va á contarnos una novela con su gracia gascona y el lujo de frases y de actitudes solemnes que le son peculiares: «La víspera del duelo vino á buscarme *Dujarier* hácia las tres de la

tarde: tomó una espada que encontró en un rincón de mi casa, y vi que no sabia tenerla. Preguntéle si sabia manejar otra arma mejor que la espada, y me respondió:—¡A no ser que me sirva de pistolas!— ¡Pues qué! ¿Os batis?—Sí, me bato mañana con *M. de Beauvallon*.

»Yo sabia la reputacion de *M. de Beauvallon*, y dije á *Dujarier*:—Vuestro adversario es de una destreza de primer grado en la espada: mas os valdrá batiros así: cuando vea *M. de Beauvallon* la manera como sosteneis la espada, dará por terminado el duelo.

»Mi hijo seguia el mismo curso de esgrima que *M. de Beauvallon*, y me habia dicho que era un tirador escelente, y que no mataria á *M. Dujarier* si veia la manera como manejaba la espada.

»Hablé de esto á *Dujarier*, y rechazó mis insistencias, y temiendo que no arreglara yo el lance, me repitió muchas veces que se habia escojido la pistola, y que la espada era una arma muy peligrosa, de que estaba seguro *M. de Beauvallon*. Por mas que yo le dije que con la pistola la mano del menos hábil podia herir, mientras que con la espada podia dejar de herirse, rehusó escucharme.

»*Dujarier* se quedó á comer conmigo, y me dejó á las nueve. Yo me fuí al teatro de *Variedades* y hallándome muy inquieto, no pude permanecer allí. Volví, pues, á ver á *Dujarier*, que se hallaba escribiendo, creo que su testamento; creí advertir que evitaba toda conversacion sobre el asunto que le ocupaba, y habiéndole de nuevo aconsejado que cambiase la clase de arma, eludió la cuestion; á media noche, me separé de él.

P. ¿Dió algunas razones sobre su preferencia por la pistola?

R. Dijo que con la pistola tenia mas ventajas, pero que con la espada seria muerto de seguro.

P. ¿Os dió razones personales para no tomaros como mediador en este asunto?

R. Me dijo, que estando yo muy ocupado, no queria hacerme perder el tiempo. Despues, añadió: «haríais tanto, que arreglaríais el asunto. Es mi primer desafio, y es en verdad admirable que no haya tenido aun ninguno. Es un bautismo que debo experimentar.» (Sensacion.)

P. ¿Qué mas teneis que decir?

R. A media noche salí, recomendando á *Dujarier* que no se batiera con pistolas de doble fiador. El no sabia lo que era esta clase de pistolas. Tomé mi coche, y fuí á buscarlas á mi casa; y volviendo á la suya, le enseñé pistolas nuevas sacadas de la Exposicion, y le dije, que si tenia la eleccion de armas, podia disponer de mis pistolas. Os daré, le dije, un certificado que pruebe que no se ha hecho uso de mis pistolas, lo que creo bastará á los testigos.

*Dujarier* rehusó toda especie de arreglo. A la una dejé, pues, definitivamente á *Dujarier*.

P. ¿Os habló *Dujarier* de las causas del duelo?

R. Me dijo que eran motivos fútiles, pero que sobre ellos habia un odio de periódicos: es una guerra del *Globo* con la *Prensa*, y no de *M. Dujarier* con *M. de Beauvallon*.